

VÍCTOR PÉREZ PETIT

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

(Réplica á los intelectuales alemanes)

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10

A BENEFICIO DEL COMITÉ PRO - BÉLGICA



MONTEVIDEO

«Gutenberg», Tipografía, Rondeau, 1468

1915

COMITÉ PRO BÉLGICA

María Luisa Castro de Quintela	Presidenta
Josefina Lerena Acevedo	Secretaria
Manuelita Suárez Abella	Tesorera
Laura Ketels	
María Z. de Shaw	
Angela C. de Grünwaldt	
Paulina A. de Lerena	
Sofía B. de Suárez	
Ena P. de Shaw	
Elena L. de Castellanos	
Matilde R. L. de Aguirre	
Carmen C. de Nery	
Catalina C. de Quintela	
María S. de Villamajó	
Olga C. de Varela Acevedo	
María M. de Illa	
Socorro M. de Sosa Díaz	
Ester B. de Lasala	
Ana P. de Vázquez Varela	
Elena P. de Montero Bustamante	
Margarita M. de Terra	
Celia A. de Amézaga	
Plácida C. de Pérez Butler	
María A. P. de Real de Azúa	
María E. R. L. de Rodríguez Larreta	

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Réplica á los intelectuales alemanes

por el doctor Víctor Pérez Petit

Un grupo de personas ha solicitado de nuestro director, el doctor Víctor Pérez Petit, permiso para imprimir en folleto y repartir gratis, los artículos por él publicados en estas columnas y que contienen su réplica dirigida á los intelectuales alemanes, en contestación á una carta abierta publicada en los diarios de Alemania bajo la firma de 93 profesores de las Universidades de aquel país.

El doctor Pérez Petit accedió de inmediato al pedido, pero indicó la oportunidad de hacer donación del trabajo á alguna de las Comisiones que recolectan fondos para aliviar la desgracia de las viudas, huérfanos y heridos caídos en la guerra europea.

Cumpliendo los altruistas deseos del distinguido compatriota, fué ofrecido el folleto referido á la señora Presidenta del Comité pró Bélgica, quien aceptó complacida el generoso obsequio.

El Comité pró Bélgica venderá el folleto á diez centésimos el ejemplar, precio ínfimo si se tiene en cuenta el objeto á que se destina y la importancia de la publicación.

Se hará un tiraje de 5.000 ejemplares, de los cuales corresponderán 3.650 al Comité pró Bélgica y 1.350 á los 1.350 contribuyentes, iniciadores de la idea, que ya han abonado su cuota de diez centésimos para pagar la impresión.

El trabajo ya ha entrado en prensa y estará listo dentro de breves días.

(*El Tiempo*, Montevideo 26 de Enero de 1915.)

CIVILIZACION Y BARBARIE

La guerra espantosa que, desde hace cuatro meses, conmueve y ensangrienta el continente europeo, lanzando las unas contra las otras á las naciones de incontrastable poderío militar, ha de tener por fuerza otra virtud que la de revelarnos de qué parte está la mayor pujanza y el mejor armamento,—ha de servir para decirnos también de qué lado está la verdadera cultura y la más firme pauta de humanidad. Son estos formidables estallidos de la guerra, en los que los hombres, abandonando la serena é impecable línea que le imponen en nuestro mundo civilizado la piedad, la educación, los buenos sentimientos y el amor de sus semejantes, para trocarse en combatientes defensores de una patria y de un ideal, matan y persiguen á otros hombres con ardor, con frenético delirio; son estos grandes momentos trágicos de la vida de la humanidad en los que se cambian los verdaderos valores morales, en los que se alteran y trastornan todas las virtudes y sentimientos que largos siglos de educación han puesto en el espíritu y el corazón de las sociedades, los que sirven, mejor que otra prueba alguna, para conocer bien á fondo la esencia de los hombres y el alma de los pueblos. Durante las horas de paz, como en las apacibles y gratas reuniones mundanas, los seres humanos lucen una compostura fácilmente engañosa. Cada cual se preocupa de conservar su buena apostura, de sonreír amablemente á las personas que le están al lado, de encauzar su conversación en giros que revelen la mayor fineza y cultura,—porque todos desean mostrarse personas de sociedad, captarse simpatías

conquistar voluntades. En saraos y fiestas todos son risueños, amables, espirituales, así como en los demás actos y comercios de la vida de relación, todos son comedidos, serviciales, diligentes. Y al par de los individuos aislados, los pueblos, las naciones, ante el concierto de los demás países, procuran ostentar su excepcional cultura, su influencia civilizadora, su caudal de nobles y desinteresados sentimientos. Todo esto, en hombres y sociedades, es la más de las veces oro de similor, vanas apariencias, engañosas aposturas. Bajo la atildada pechera de un elegantísimo frac ruge, en algunos casos, el corazón de un granuja, de un hombre de presa; tras la encantadora sonrisa de unos labios femeninos y su espléndida toilette de mundana, palpita un alma envidiosa y perversa. Pero llega la hora de la prueba, la tremenda hora que hace caer las máscaras para mostrar al desnudo las torvas impulsividades del instinto, y hombres y mujeres, nacionalidades y razas, aparecen ante la luz del sol tal cual son, con sus verdaderas máculas morales, con todas sus deformaciones físicas. Una contrariedad, una disputa, bastan para provocar el fenómeno. Tras el *gentleman* surge el *apache*: olvidando su compostura ante la galería que le observa, caída la capa de barníz de civilización que disimulaba al hombre de las cavernas, obedeciendo tan sólo á los mandatos de su instinto, grita, se descompone, profiere palabras groseras, comete actos de violencia de una fealdad repugnante. Y lo mismo acontece con las aglomeraciones humanas, con los pueblos en masa. El que es fundamentalmente culto, el que tiene en los glóbulos de la sangre los buenos sentimientos y nobles procederes, aún en los trágicos instantes en que peligra su existencia, se conservará ecuánime, honesto, altivo y caballeresco; pero el que ha disfrazado su barbarie nativa con elegancias de sociabilidad y el que tiene en su esencia todas las agresividades de la bes-

tia, saltará sobre el adversario sin cuidarse ya de que lo miren, desorbitados los ojos, babeante la boca, para cometer todas las tropelías y todas las venganzas. Los hombres y los pueblos verdaderamente selectos, intelectuales, de sereno espíritu y levantado corazón, preferirán morir antes que cometer una infamia, una traición ó una villanía, pero los pueblos y los hombres de baja condición, de malos instintos, de fermentada cultura, cometerán todos los crímenes y las acciones más feas para salvar su vida ó alcanzar el logro de sus deseos. Tal es la diferencia que, con todos los caracteres de una indestructible réplica, puede darse á la filosofía disolvente, egoísta y torpe, de uno de los más grandes escritores de Alemania, Friedrich Nietzsche.

Observando detenidamente, con espíritu frío é imparcial, la actitud que en la actual contienda observan, por una parte, la nación alemana, y por la otra, las naciones inglesa, belga y francesa, se pueden constatar diferencias y contradicciones altamente elocuentes y aleccionadoras. Es en el estudio de los al parecer mínimos detalles, es en la observación de los casos á primera vista insignificantes, que se obtiene la caracterización de los rasgos morales de un pueblo. Y ese estudio y esa observación nos revelan que no es Alemania, por cierto, la que merece el nombre de nación civilizada; antes por el contrario, frente á los hechos inauditos, los crímenes incalificables y las violaciones flagrantes por sus ejércitos cometidos en territorio belga ó francés, sólo cabe el duro y estigmatizador calificativo que le han aplicado los hombres más intelectuales, parsimoniosos y rectos de todas las naciones neutrales. Ramiro de Maeztu—de cultura esencialmente germana,—José Nakens, Luís Araquistain, Blasco, Azorin, el director de *Il Secolo* de Milán, Rodó, Roberto J. Payró, cien otros aún que podrían citarse entre los más modernos y cultos escritores de España, Italia y Amé-

rica, han fustigado duramente esa barbarie puesta en juego por los soldados del Kaiser en la presente guerra, para sojuzgar á las naciones enemigas. La destrucción vandálica de Bélgica—en que han sido arrasadas ciudades y poblaciones como Lovaina, Visé, Ninove, Nivelles, Tirlemont, Dinant, Berchen, Termonde, Enghien, Lierre, Malinas, Namur, Dixmude, Jemeppe, Wavre, Hersel, Lierre, Norsel, Sas-van-Gent, etc., etc.—ha provocado un sentimiento de horror. El estúpido é inútil bombardeo de la Catedral de Reims ha suscitado la protesta universal, en medio de la hondísima pena que la destrucción de tan magna obra de arte ha causado en todos los espíritus enamorados de la belleza. Y desde entonces un solo calificativo ha cundido entre todos los hombres buenos, justos é instruídos: el de bárbaros.

Contra ese calificativo que cae como una sanción, como una piedra lapidaria sobre la Germania inculta, despótica y atentatoria de Guillermo II se han alzado todos los alemanes, desde los más ignorantes hasta los más intelectuales, á fin de procurar borrar la infamatoria mancha. No hemos de cuidarnos de lo que digan los inconscientes ó los analfabetos; pero sí queremos tomar en cuenta la palabra de los intelectuales alemanes que han salido en defensa de su patria. A ellos irá enderezada la réplica que vamos á escribir para contestar su absurdo y temerario manifiesto.

RÉPLICA

A LOS INTELECTUALES ALEMANES

93 profesores y máximos artistas alemanes han considerado de su deber lanzar al mundo civilizado un manifiesto para justificar la actitud de su patria en la actual guerra europea. Al propio tiempo afirman que son falsos los actos de barbarie que se imputan á los ejércitos de su nación «bajo la fé de sus nombres y de su honor». Este documento, apesar de su inconsistencia desde el punto de vista de la lógica y la razón, y á pesar de su temeridad, desde el punto de vista probatorio y testimonial, ha sido contestado victoriosa y brillantemente por escritores de altísima talla de todos los países del mundo. No tomemos nota de algunos cerebros privilegiados de Francia, que todos tenemos en grande acatamiento, porque podrían parecer interesados en el debate; pero, consideremos lo que nos dice un Ramiro de Maeztu, español, un Gabriel D'Annunzio, italiano, y un José Enrique Rodó, americano: son palabras las tuyas imparciales, elevadas, condenatorias, que nadie, sin evidente osadía y desparpajo, podría desautorizar. Como estas inteligencias soberanas, cien otras, sinceras é imparciales, abundan en los mismos cargos, repiten idénticas condenaciones, formulan semejantes réplicas. Es una unanimidad aplastante, avasalladora, sin alzada. Los intelectuales alemanes, con su desgraciado manifiesto, no han logrado conquistarse una voluntad de valía ni disipar una sombra de las muchas y muy espesas

que el mundo civilizado ha arrojado sobre su nación. Y causa hondísima pena ver cómo se debaten en el vacío esos hombres respetables que un día hemos aplaudido también nosotros por creerlos por encima de las flaquezas y errores que son patrimonio de los que se amontonan en las llanuras sombrías de la mediocridad espiritual.

Considérese que el manifiesto germano está firmado por nombres tales que los de Adolf von Bayer, Emil von Behring, Wilhelm von Bode, Ludwig Brentano, Justus Brinkmann, Richard Dehmel, Wilhelm Dorpfeld, Paul Ehrlich, Emil Fischer, Wilhelm Förster, Ludwig Fulda, Adolf von Harnack, Gerhardt, Hauptmann, Graf Kalckreuth, Max Klinger, Paul Laband, Karl Lamprech, Max Liebermann, Frank von Liszt, Albert Neisser, Walter Nernst, Wilhelm Ostwald, Wilhelm Röntgen, Gustav von Schmoller, Hermann Sudermann, Hans Thoma, Siegfried Wagner, Wilhelm Waldeyer, Ulrich von Wíelamowitz-Moellendorff, Wilhelm Wundt, y muchos otros que son gloria y lustre, en las ciencias y las artes, de la nación alemana. Por muchos de estos nombres hemos sentido acendrado respeto y veneración inmensa: algunas de nuestras humildes páginas literarias corren impresas por ahí cantando el himno de nuestra particular admiración. No es, pues, sin un íntimo desgarramiento que venimos á colocarnos frente á frente de esos cerebros privilegiados para decirles, no que nuestra admiración por su obra ha desaparecido (que nada de los conflictos humanos puede borrar la huella que un cerebro altísimo provoca en otro respetuoso de la verdad científica y de la belleza sobrenatural del arte), sino que nos apena profundamente verlos en el error y procurando justificar algo que no debiera hallar abogado entre los seres conscientes y justos.

Es que en realidad causa asombro que mentalidades tan exçelsas como las citadas, espíritus de elección, corazo-

nes serenos, hombres representativos no de una raza ó un pueblo, sino de toda la humanidad pensante y sabia,—no vean el abismo en que se agitan, las tinieblas que les envuelven, la horrenda mentira que defienden. ¿Cómo esos espíritus independientes, consagrados á la verdad científica ó á la pura emoción de la belleza arcana, pueden doblegarse así ante la mentira y la aberración, encarnados en el militarismo denigrante de su patria y su despótico y vesánico Kaiser, á la manera como se inclinan los analfabetos, los rústicos, los soldadotes, los pazguatos, los socialistas falsificados, los luteranos de pega, los risibles agentes viajeros, los espesos comerciantes del *made in germany* y las voluminosas *gretchen* atiborradas de cerveza y de salchichas blancas de Francfort? ¿Cómo esas almas, que deben estar por encima de todas las torpezas y debilidades de las criaturas hechas de ínfimo barro, no se han rebelado contra atentados y crímenes que lesionan la razón humana y escarnecen lo que ellas mismas deben venerar en lo más íntimo de su esencia?

«Una de las impresiones más penosas de esta guerra—dice con sutil observación el celebrado escritor hispano Luís Araquistain—es ver á los grandes cerebros de Alemania convertidos en rúbulas del odioso militarismo alemán y de sus crímenes. Es estupendo el caso de una nación donde todavía no ha habido una gran cabeza, una gran alma independiente que proteste contra los orígenes y métodos de una guerra que hasta la fecha no ha hallado aprobación más que en Turquía. ¿Qué les ha pasado á los grandes científicos alemanes? Una de dos: ó una vida de especialidad científica les ha cegado los ojos para no ver la atmósfera militarista que les envuelve, y que es la única causante de todo, ó, viéndolo, han perdido toda la sensibilidad moral, todo sentimiento de justicia. hasta el punto de excusar los má,

horrendos crímenes á cambio de quién sabe qué recompensas, quizás nada más que á cambio de una sonrisa, de un apretón de manos ó una palabra lisonjera de ese vice regente de la divinidad que conocemos por Guillermo II. Nos inclinamos á creer lo primero. De todas suertes, una *cultura* de la cual parecen radicalmente proscritos el Derecho y la Moral como realidades sociales, está pidiendo una minuciosa revisión.»

La observación, por lo clara y justa, rompe los ojos. En todos los tiempos y en todos los países, en los que ha habido verdadera cultura y florecimiento intelectual, no han faltado grandes almas, espíritus libres y soberanos, que, alzándose sobre las fronteras y demás mentiras convencionales de los hombres, dijeran al mundo las grandes palabras de protesta y de verdad que son como la alborada de una vida nueva, la anunciación de una verdadera conquista para las generaciones que avanzan en la vida. Atenas y Lacedemonia, Roma y Cartago, la Italia del cuatrocientos, la Inglaterra de Cromwell, la Francia del 92, la América de los libertadores han tenido sus varones excelsos que han sabido decir aquellas palabras regeneradoras contra todas las tiranías y ante todos los castigos. ¿Cómo Alemania,—la Alemania de Kant y de Goethe, de Hœckel y de Bebel,—no encuentra en la hora actual una voz que se alce, libre de adulaciones, independiente del miedo, por encima del error y del fango, para escarnecer y vituperar, al par de nosotros, los atentados nefandos y las desvergüenzas incalificables del cesarismo omnipotente y avasallador?

Bárbaros llaman, con una unanimidad aplastadora, con una sanción sin alzada,—bárbaros llaman á los alemanes todos los hombres buenos, honestos é inteligentes de la tierra; y en vez de unir sus voces vengadoras á las nuestras, la intelectualidad alemana procura disimular el crimen, el

estupro, la mutilación, el robo, el saqueo, el incendio, la devastación irrefrenable, la violación de todos los derechos y convenciones humanas cometidos por los ejércitos del Kaiser en la inocente y sublime Bélgica, en la amada y civilizadora Francia ¿Qué más nos resta que dudar del equilibrio espiritual, siquiera momentáneo, de esos pensadores, artistas y maestros que son orgullo de la nación alemana? ¿Qué otra cosa podemos hacer que apiadarnos de unos astros que, por una revolución interna de sus conglomerados químicos, apagan el resplandor de su lumbre y dejan de ser, transitoriamente queremos pensarlo, los faros de la humanidad?

Pero vengamos, que ya es hora, al examen de los capítulos que en descargo de su patria formulan los intelectuales de Alemania.

I

«No es verdad—dicen los autores alemanes del manifiesto—que Alemania haya provocado la guerra. No la han querido ni el pueblo, ni el gobierno, ni el Emperador. Alemania ha hecho todos los esfuerzos para conjurarla y pruebas irrefragables han sido dadas al mundo entero. No pocas veces Guillermo II, en sus veintiseis años de reinado, se hizo el apóstol de la paz; no pocas veces nuestros mismos enemigos han tenido que reconocerlo. Ese mismo Emperador que ahora se atreven á parangonar con Atila fué por ellos mismos satirizado por su inmovible amor de la paz. Sólo cuando de tres partes irrumpieron en nuestras tierras fuerzas preponderantes, que desde tiempo atrás nos acechaban en las fronteras, se ha levantado el pueblo alemán como un solo hombre.»

Hemos traducido al pié de la letra este párrafo, como lo haremos respecto de los demás que hayan de citarse, para que no pueda argüírsenos que falseamos el pensamiento

de los intelectuales alemanes. Queda así, bien al desnudo, sin falseamientos ni derivaciones, lo que quieren decir éstos en su defensa. Ahora podemos replicarles categóricamente.

Al revés de lo que en ese párrafo se afirma, está en la conciencia de todos que Alemania ha vivido por y para la guerra durante cuarenta y cuatro años. Desde 1870 no ha hecho otra cosa que prepararse, aumentando sus armamentos, aleccionando su ejército, robusteciendo sus fortalezas. Ya en 1875—apenas á los cinco años de su duelo trágico con Francia,—Bismarck premeditó una agresión desleal contra su enemiga derrotada. No tenía bastante con la Alsacia y la Lorena arrebatadas al alma francesa; no tenía bastante con los cinco mil millones de francos abrrebatados á su tesoro. Francia, contra lo que esperara el terrible Canciller de Hierro, renacía demasiado apresuradamente, y había que aplastarla. Si entonces no se consumó ese inicuo atentado, fué por la intervención de Rusia é Inglaterra. Con esta primer tentativa no concluyó el afán de guerra de Alemania. En 1887, el 7 de Febrero, el mismo Bismarck tanteó á Rusia para saber si Alemania podía contar con su neutralidad en el caso de una guerra en el Rhin: la denegación del zar Alejandro III, que no se dejó seducir por ofrecimientos en los Balkanes, evitó esta nueva guerra. Pero Alemania no se dió por vencida. Constatando el acercamiento de Francia y Rusia, trató de buscar políticamente, disimuladamente, la ruina de estas potencias. El incidente de Fachoda casi le dió oportunidad de ver malquistada á la primera con Inglaterra; el tratado de Simonosaki le ofreció la de preparar la guerra entre la segunda y el Japón. En el entretanto, perseguía implacablemente la patriótica política de Delcassé hasta lograr hacerle saltar de su sillón azul. Las amenazas de von Bulow triunfaron esta vez también de la debilidad de Mr. Rouvier. Y desde entonces, engreída Alemania con su poderío, y en

vista también del descuido de Francia que volcaba y sustituía ministerios para acometer sus grandes empresas de reforma social sin acordarse de «la revancha», no hizo otra cosa que multiplicar sus agresividades. La conferencia de Algeciras evitó la guerra buscada por el Kaiser, gracias á que Inglaterra y Rusia, secundadas por Italia y España, se plegaron del lado de Francia. Dos años después, el asunto del desertor de Casablanca dió pié nuevamente á Alemania para buscar querella á su enemiga: esta vez fué Clemenceau quien arregló la cuestión. En 1905 vuelta á las andadas. La cancillería de Berlín prepara un nuevo asalto y envía al puerto de Agadir la cañonera «Panther». La violenta provocación está á punto de desencadenar la catástrofe, la cual por fortuna se evita todavía gracias á la buena voluntad de la diplomacia francesa.

Vemos, pues, por esta sumarísima enunciación de hechos públicos y notorios que Alemania—en contra de lo que afirman los intelectuales de ese país—no ha cesado nunca de provocar la guerra. Si el Kaiser ha adoptado, en algunos casos, posturas de pacifista y ha pronunciado palabras de concordia, lo ha hecho *pour la galerie*, para engañar al mundo: lo cierto, lo indiscutible, lo que todo el mundo ha podido palpar es que ese Emperador funesto ha sido siempre el «cuco» de Europa,—quien con sus arrogancias, sus genialidades, su orgullo y sus caprichos, ha comprometido constantemente el equilibrio europeo. Y si antes de ahora no se ha desencadenado la tempestad, no ha sido, por cierto, porque Alemania dejara de hacer todo lo necesario para provocarla.

Es lo que constata un celebrado é ilustre escritor español, á quien no se podrá acusar como enemigo de Alemania, dada su cultura esencialmente germánica y sus amores y entusiasmos por dicha nacionalidad. Ramiro de Maeztu,

que es á quien aludimos, al hacerse cargo de las razones del manifiesto que comentamos, escribe con una precisión y lógica digna de un discípulo de Hegel: «¿Es cierta la afirmación de los científicos? Claro está que si Rusia hubiese consentido á Austria aplastar á Servia, no hubiera habido guerra. No la hubo en 1904 cuando Alemania impuso la celebración de la Conferencia de Algeciras y el mundo aceptó la imposición de Alemania. No la hubo en 1908, cuando Alemania impuso la aceptación de la anexión de la Bosnia-Herzegovina por Austria y el mundo aceptó la imposición. No la hubo tampoco cuando Alemania impuso á Francia compensaciones por la entrada de sus tropas en Fez, y Francia se sometió á la imposición de Alemania. No la habría habido ahora si el mundo se hubiera allanado á la imposición de Alemania para que se dejara á Austria en plena libertad de acción contra Servia. No; Alemania no ha querido la guerra. Lo único que ha querido es que los demás pueblos continuaran doblegándose á la voluntad del gobierno alemán. No ha apelado á la guerra sino porque no tenía otro medio para imponer su voluntad á los demás. Pero no de otro modo se apela á la guerra. «La guerra—dice Cläusewitz—es la apelación á un medio violento para imponer nuestra voluntad al adversario.»

Por lo demás, es en vano argumentar como lo hacen los autores del manifiesto. En la conciencia del mundo entero está hecho el convencimiento de que Alemania ha ido á esta contienda porque no podía soportar más el formidable presupuesto de guerra que la abrumba. La ruina se cernía sobre el Imperio y su omnipotente amo buscó, como un desesperado, la salida al través de una catástrofe. De una estadística no ha mucho publicada, resulta que Francia debía 34 millares de millones, Alemania 32 millares de millones, Rusia 24 y medio, Inglaterra 18 y medio y Austria

Hungría 6. Relacionadas estas cifras á la población de cada país, resulta que cada francés debe 869 francos, cada alemán 571, cada inglés 434, cada ruso 189 y cada austriaco 114. Vista la pobreza de Alemania ante un adversario que, como Francia, cubre 42 veces un empréstito de 805 millones, no nos debe admirar que haya procurado salir de cualquier modo de esa angustiosa situación. La guerra, pues, tenía que provocarla ella por todos los medios,—y esto no resultaba de ningún modo difícil dado el temperamento de su Emperador, la militarización de la nación entera y las ideas infiltradas en la masa anónima del pueblo por las opiniones y escritos de filósofos como Nietzsche, de políticos como Von der Goltz y de autores como Bernhardt; ¿No es este último, en efecto, quien en ese libro cínico y envenenado, regresivo y paradojal que se titula *Alemania y la próxima guerra*, ha escrito las siguientes inconcebibles palabras: «Las naciones sanas, fuertes y florecientes crecen en población. De cierto momento en adelante necesitan extender sus fronteras, necesitan nuevos territorios para su exceso de habitantes. Como ya la mayor parte del globo está habitado, el nuevo territorio, por regla general, tiene que ser obtenido á expensas de sus moradores, es decir, por medio de la conquista, que de esta suerte se convierte en una ley de necesidad.» ¿No es este mismo Bernhardt, dogmatizador de la fe prusiana,—la fuerza sobre el derecho,—minúsculo Maquiavelo de la línea de improvisados personajes que va desde el elector de Brandeburgo hasta el Kaiser actual, quien ha escrito en el citado libro estas palabras no tan inconsistentes como infames: «Puede suceder que un pueblo en pleno desarrollo no pueda obtener colonias entre las razas bárbaras, y por otra parte el Estado desea retener el exceso de su población que la madre patria no puede ya alimentar. En tal caso, el único recurso que queda es el de ape-

lar á la guerra para adquirir territorios. De esta suerte el instinto de conservación conduce inevitablemente á la guerra y á la conquista de territorios extranjeros. Así, no es el poseedor actual, sino el vencedor el que tiene la justicia de su parte. En tal caso, la fuerza da el derecho de ocupar y de conquistar. La fuerza es á un mismo tiempo el supremo derecho, y toda disputa relativa á lo que sea derecho se decide por el recurso de la guerra?»

Después de semejantes teorías, en que se ha educado y empapado el pueblo alemán, ¿cabe dudar que sea él quien ha provocado esta espantosa conflagración?

Queda contestado el primer capítulo de descargo de los intelectuales alemanes. Pasemos al segundo.

II

Continúa el manifiesto: «No es verdad que hayamos violado la neutralidad belga. Muy luminosamente se podrá demostrar que Francia é Inglaterra estaban decididas á violarla con el consentimiento de la misma Bélgica.»

Hé aquí un caso típico de cómo la pasión puede extraviar á las más robustas inteligencias, haciéndolas faltar á las leyes de la lógica y del raciocinio que son, justamente, las que presiden sus habituales especulaciones científicas: «*Se podrá demostrar*», escriben los ilustrados profesores, olvidando que conclusiones de una tal gravedad no pueden sentarse sobre premisas que no sean de una verdad indiscutible. *Se podrá demostrar*, pero no lo demuestran: el sistema, como se ve, es muy cómodo. Con este modo de raciocinar, sin demostrar lo que necesaria y previamente debe ser demostrado, es cómo el célebre matemático Gergonne, partiendo de dos premisas falsas, llegaba á una conclusión verdadera en el siguiente silogismo: «Mi reloj está en la luna;—la luna está en mi bolsillo:—luego mi reloj está en mi bolsillo.» No; no es así como deben hacer lógica los profe-

sores y sabios. Antes de arribar á una conclusión están en el deber de probar los hechos en que aquella ha de cimentarse. Pero esto, en el caso ocurrente, no se logrará jamás, porque los documentos diplomáticos, debidamente compulsadas sus fechas, establecen de modo irrefragable lo contrario de lo que afirman los intelectuales alemanes. El gobierno de Inglaterra consultó al de Francia si en caso de guerra violaría la neutralidad belga, y el de Francia contestó que no. «Dada la inferioridad numérica de sus contingentes armados,—observa muy cuerdate Ramiro de Maeztu,—es evidente que no tenía Francia el menor interés en extender espontáneamente el frente de combate.» Por otro lado, la posición británica, é incidentalmente la posición alemana, están expresadas en la comunicación de Sir Edward Goschen, quien, al estallar la guerra, era el embajador británico en Berlín.

Hé aquí un documento que no deja lugar á dudas:—«Londres, Agosto 8, 1914. «... Cumpliendo las instrucciones recibidas, pregunté, el día 4 de Agosto corriente, al Secretario de Estado del Imperio Alemán, en nombre de S. M. Británica, si el Gobierno Imperial se abstendría de violar la neutralidad belga. Herr von Jagow inmediatamente me contestó que sentía tenerme que dar una respuesta negativa. Habiendo penetrado las tropas alemanas en territorio belga, esa mañana ya la neutralidad belga estaba violada.

»Agregó que el Gobierno Imperial se había visto obligado á dar este paso porque era preciso penetrar á Francia por la vía más rápida y expédita para adelantar las operaciones y dar un golpe decisivo todo lo antes posible. Era cuestión de vida ó muerte para Alemania. Si se hubiera buscado una vía más al sur no se podría aspirar—en vista de la escasez de caminos y de la potencia de las fortalezas—á vencer la formidable resistencia que se opondría á las tro-

pas alemanas, sin gran pérdida de tiempo. Esta pérdida de tiempo significaría tiempo ganado por los rusos para traer sus tropas á la frontera. La rapidez de acción era el elemento esencial para Alemania, en tanto que el elemento principal de Rusia lo constituye su inagotable reserva de soldados.»

»Más tarde, ese mismo día, informé al Secretario de Estado, que á menos que el Gobierno Imperial pudiera asegurarme antes de las doce de la noche, que no procedería más allá en su violación de la frontera belga y que suspendía la invasión del territorio belga, mis instrucciones eran de pedir mis pasaportes y de informar al Gobierno Imperial que el Gobierno de S. M. Británica tomaría todas las medidas necesarias para mantener la neutralidad belga y para el cumplimiento de un tratado que Alemania había firmado juntamente con nosotros...

»Después visité al Canciller del Imperio; lo encontré muy agitado. Inmediatamente se lanzó en una arenga que duró cosa de veinte minutos. Dijo que el paso dado por el Gobierno de S. M. Británica era terrible hasta el último grado, y que todo ello era meramente por una palabra, «neutralidad», la que en tiempo de guerra había sido tantas veces desconocida. La Gran Bretaña—agregó—iba á hacerle la guerra á un pueblo hermano que no pedía otra cosa que conservar la amistad con ella, simplemente por «una hoja de papel.»

«Protesté enérgicamente—añade el embajador—contra esta declaración, y dije que de la misma manera que él quería que yo comprendiera que por razones estratégicas era cuestión de vida ó muerte para Alemania avanzar por Bélgica y violar la neutralidad de este país, quería yo también que él comprendiera que era, por decirlo así, cuestión de vida ó muerte para el honor de la Gran Bretaña guardar

su solemne promesa de hacer cuanto pudiera por defender la neutralidad de Bélgica si se viera atacada. Un pacto solemne debía guardarse simplemente, ó de lo contrario, ¿qué confianza podía abrigarse en los compromisos de Inglaterra en el futuro?» Surge, pues, bien de manifiesto, que Alemania quiso y buscó la violación de Bélgica por considerar que el compromiso internacional firmado y sellado por ella misma al par de Inglaterra, Francia, etc.; era un *pedazo de papel* que no tenía mayor importancia ante la cuestión de vida ó muerte que la guerra le planteaba. Es, como se ve, la misma teoría de la *necesidad* sustentada por Bernhardi en su famoso libro. El canceller herr von Bethman Hollweg se encarga así de dar él mismo un desmentido á la afirmación de los intelectuales alemanes; pero más rudo mentís les da todavía el doctor Dernburg, ex ministro de Colonias del imperio alemán, en su calidad de representante de su país ante los Estados Unidos, donde buscaba amistades para la causa prusiana, cuando dice en el *New York Times* de 6 de Octubre ppdo.: «Las naciones están ampliamente justificadas en violar aquellos tratados que resulten perjudiciales á sus intereses. A los intereses británicos les convenía mantener el tratado de neutralización de Bélgica (garantizado por la Gran Bretaña) y por eso lo han sostenido. A los intereses alemanes no les convenía mantener ese tratado (garantizado también por Alemania) y por eso Alemania lo ha violado.»

Causa pavor—y es cosa de dudar de la inteligencia de los hombres—leer semejantes palabras y raciocinios. Los altos funcionarios y diplomáticos alemanes, dándose cuenta de que no pueden negar, como lo hacen los intelectuales, la violación de la neutralidad belga, recurren cínicamente á la teoría de la *necesidad* proclamada por Bernhardi, sin cuidarse de que niegan el derecho y la moral, sin advertir que retroceden á los siglos bárbaros al proclamar el pro-

verbio latino; *necedit caret legem*. Verifican así un desdoblamiento que no puede admitir sin repugnancia la conciencia humana: los alemanes, en tanto que hombres, deben respetar sus pactos y compromisos; pero, constituidos en nacionalidad, pueden violarlos todos porque ante la *necesidad* los tratados son simples *pedazos de papel*. Tiene, pues, razón que le sobra el conocido publicista Pérez Triana cuando á este propósito escribe: «Porque Bélgica se negó á consentir en la violación de su territorio, Alemania, á pesar de su palabra empeñada, invadió á Bélgica. Alemania alega la suprema conveniencia para sí, la necesidad absoluta de obrar así. ¿Qué es esto? La suprema conveniencia de un alemán, más la de otro alemán, más la de miles, la de millones de alemanes. A ninguno de ellos individualmente le pasaría por la imaginación violar un pacto con un belga, y robarle, incendiarle su hogar y matarle sus parientes y servidores, pretendiendo que así lo exigía su suprema conveniencia personal. Al alemán que tal hiciera, las mismas autoridades alemanas lo ahorcarían de la más alta horca procurable para escarnio y expiación del crimen. La conveniencia de Alemania son las conveniencias sumadas de los alemanes, las que, según la concepción alemana, no dan aisladamente, cada una de ellas, derecho á mentir, robar y matar. ¿Cómo puede, pues, la suma de esas conveniencias crear ese derecho y convertir la iniquidad en merecimiento y la infamia en gloria? ¿Cuántos alemanes han de concurrir con su conveniencia para que lo negro sea blanco y la ponzoña, miel?»

Esto es, en efecto, á lo que conduce la temeraria doctrina de la *necesidad*. Un prusiano cualquiera, burgués ó aristócrata, militar ó paisano, que ni miente, ni roba, ni mata, y que castiga con rigor implacable el engaño, el robo y el asesinato, una vez constituido en nación, miente, roba y asesina con furor implacable tambien, y, terminada una eta-

pa de su labor, mientras se apercibe á proseguirla, eleva piadoso el corazón al Dios de misericordia que reina en su alma y les muestra á sus hijos su empeño de sangre, de pillaje y de exterminio como la más sublime misión posible para el hombre sobre la tierra.

Sin embargo, en 1870, Francia adoptó una actitud muy diversa á la que sigue hoy Alemania. Entonces sí, para Francia, era una *necesidad* imperiosa violar la neutralidad; entonces sí, para ella, era cuestión de *vida ó muerte* romper el tratado de 15 de noviembre de 1831 que garantizaba la independencia é inviolabilidad de Bélgica. Sus ejércitos habían sido vencidos en Fröeschwiller y Forbach, en Beaumont y Bazeilles; Metz estaba cercada, así como Estrasburgo; sus generales, desde Bazaine hasta Ducrot—hasta el heroico Canrobert—habían sido inutilizados; las tropas, cien mil hombres al mando de Wimpffen, estaban acorraladas en Sedán, contra la frontera belga. Francia hubiera podido aún salvarse internando ese ejército en Bélgica; el Emperador y sus mariscales, por lo menos, hubieran podido huir: era *cuestión de vida ó muerte* para la nación, constituía la suprema *necesidad* del Imperio vacilante esa violación de la neutralidad del reino limítrofe. Y bien; Francia no hizo eso. Como lo ha dicho muy elocuentemente en su discurso un eminente estadista inglés, Lloyd George, «prefirió la humillación á romper su compromiso.»

Obrando así, Francia ha ofrecido al mundo una altísima lección de dignidad. Porque esos *pedacitos de papel*, de que habla con tanto despego el canciller alemán, son como giros comerciales sobre el crédito y el honor de las naciones. A ningún hombre honesto se le ocurriría, en actos de comercio, negar su firma y desconocer sus compromisos. Si lo hiciera, quedaría deshonorado y nadie querría ya en lo sucesivo celebrar nuevos tratos con él. La buena

fé es condición esencial en los pactos humanos. El estricto cumplimiento de los contratos es la primera y esencial obligación de los contratantes. Si cualquiera por sí y ante sí pudiera eludir sus compromisos y romper lo estipulado, porque no conviene á sus intereses, ¿qué seguridad tendrían las transacciones humanas ni para qué se celebrarían? El derecho sería un mito y la vida social imposible. Y á esto es á lo que nos conduce la inícuca teoría que ha ideado Alemania para justificar la violación que tan á despropósito pretenden negar sus hombres representativos.

Por lo demás, resulta indigno de la mentalidad de los profesores y sabios de las Universidades de Berlín, Múnich, Leipzig, Heidelberg, Hamburgo, Strasburgo, Halle, Wurzburg, etc., decir: «yo he violado la neutralidad de Bélgica para que otros no la violaran antes que yo». ¿Cómo puede, decorosa y razonablemente, decirse eso? ¿cómo puede defenderse tamaño desatino? ¿Es decir que los hombres y los pueblos pueden cometer malas acciones y hasta crímenes nefandos para ganarles la primacía á otros sospechados de que pueden cometerlos? Es como si se dijera: voy á robar á este hombre antes que otro lo robe; voy á violar á esta mujer antes que otro la viole; voy á incendiar esta ciudad y entrar á saco este poblado antes que otros lo hagan. ¿Qué perversión moral es esta? ¿cómo pueden trocarse así los valores morales? ¿qué manera es esta de fijar las reglas de conducta? Concebimos que para hacer el bien, para dispensar la caridad, para ayudar á nuestro prójimo, los hombres procuren adelantarse los unos á los otros, rivalicen en premura y esfuerzos y tengan á honor proclamar sus sentimientos altruistas; pero no concebimos ni admitimos que nadie haga el mal, cometa una fea acción y proclame su derecho á ser ladrón, asesino ó incendiario, nada más que porque sospeche que otro puede comportar-

se de ese modo. Nuestro deber de hombres y de pueblos civilizados es hacer el bien, respetar lo justo, hacer fé á nuestra palabra,—no mostrarnos perversos y criminales, perjurios é inícuos. Que otros sean malos, que otros se deshonen, que otros se arrastren por el fangal del crimen: nosotros no! Así sólo podremos erguir la frente y mostrarnos dignos del nombre de civilizados. Así sólo tendremos derecho á proclamar ante las generaciones que vendrán que nosotros hemos sido nobles y correctos, inocentes y gloriosos, en tanto que los que nos han asaltado á traición ó violado la fé de los juramentos se verán obligados á responder de sus infamantes delitos.

Esto es lo que debieran enseñar aquellas lumbreras del pensamiento contemporáneo,—esto es lo que la *cultura* alemana debía decir al siglo XX.

III

Y prosigue el manifiesto: «No es verdad que la vida y la hacienda de un solo ciudadano belga hayan sido puestas en peligro por nuestros soldados, á no ser que les haya inducido á ello la más apremiante necesidad.»

Aquí entramos en la parte más amarga de la cuestión. ¿Es por necesidad que los ejércitos del Kaiser han incendiado la célebre biblioteca de Lovaina, centro secular de la cultura flamenca, timbre de orgullo de toda la estirpe humana, donde se guardaban libros únicos, manuscritos valiosísimos, incunables é infolios verdaderamente sagrados? ¿Es por necesidad que las célebres iglesias de Malinas, Termonde é Iprés han sido bombardeadas, destruídos sus artísticos vidriales y esculturas, sus maderas labradas y sus joyas y convertidas en pesebres las místicas naves de mármol? ¿Es por necesidad que las fuerzas alemanes entraron á la agencia del Banco Nacional de Lieja y se apoderaron de

400.000 francos en billetes de cinco francos, no sellados, haciéndolos sellar luego en la casa del impresor para lanzarlos á la circulación? ¿Es por necesidad que en Linsmeau, Velm, Orsmael y Neerhespen—¡y en cuántos otros pueblos y aldeas, acaso, que ignoramos!—cortaron la diestra ó los dedos á los niños, violaron mujeres, castraron á los hombres y abandonaron desnuda en medio del campo á una mísera anciana? ¿Es por necesidad que se fusiló contra un poste telegráfico en el camino de Saint Trond á un hombre que curaba á un carabinero ciclista herido? ¿Es por necesidad que en Aershot persiguieron y aprisionaron á los pacíficos habitantes que huían presos del terror y los formaron en línea, de á cuatro en fondo, para fusilarlos con ahorro de proyectiles? ¿Es por necesidad que no se ha dejado una choza en pié, ni una granja sin incendiar en el camino de Lierre, sobre el Demer; que en Tamines se destruyeron 100 casas, en Gelbreessee 19, en Francowaret 16, en Warthel 19, en Gembloux 18, en Saint Gerard 30, en Oret 50, entre ellas el Palacio Municipal, en Bremer 70, en Ermeton-sur-Briet 85, en Stare 60, en Marialme 15, en Bossu le Zal 54, y muchas otras aún en Clariéux, Mariembourg, Gresnar le-Scourdin, Terneuzen, Roucin, etc. etc.? ¿Es por necesidad que, como lo ha constatado Van Kol, miembro socialista de la primera Cámara de los Estados Generales, en Holanda, las tropas del Kaiser han destruído las ciudades de Maestricht, Molant, Lieja, Visé, Tirlemont, Lovaina, Enghien, Nivelles, Ninove, Wavre, Yodoigne, Jemeppe, Seraing, Termonde, Kersel, Melle, Norsel, Berchem, Lierre, Malinas, Salzaete, Terneuzen, Namur, Ipres, Dixmude, Louvegner y Aershot? ¿Es por necesidad que en esta última ciudad, después que fué abandonada por sus habitantes, entró á saco la soldadesca desenfrenada, penetrando en las casas, rompiendo muebles, celebrando orgías en los comedores burgueses, roban-

do alhajas, cuadros, objetos de arte con los cuales cargaron furgones enteros que condujo el ferrocarril en dirección de la Meuse? ¿Es por necesidad que en esa encantadora y hasta ayer no más floreciente ciudad de Dinant, dormida tranquilamente sobre su río, se cometieron los horrores dantescos que nos ha descrito el escritor argentino Roberto J. Payró en una crónica acusadora y terrible como un anatema que todos hemos podido leer en *La Nación* de Buenos Aires? ¿Es por necesidad que los zeppelines alemanes han arrojado explosivos sobre la pacífica población de Amberes, matando gentes indefensas, mujeres y niños, y que mientras el pillaje y el asesinato corrían aullando por las ciudades y aldeas belgas, el incendio de los campos y moradas campesinas iluminaba trágicamente las largas noches del pueblo heroico, sembrando el terror y el espanto en todas las almas? ¿Es por necesidad que se ha arrojado á toda una nación fuera de su territorio, á millares y millares de humildes gentes fuera de sus hogares, obligándoles á emprender el éxodo á tierras extranjeras, pobres, desolados, miserables, separados los unos de los otros, las mujeres sin sus padres ó hermanos, los pobres niños extraviados en la soledad del mundo, sin un bien, sin un trozo de pan, sin una esperanza? ¿Es por necesidad que en Mons, Nimy y Alost las tropas alemanas avanzaban sobre el enemigo colocando al frente un «cordón humano», mujeres y viejos, para que les sirvieran de escudo y fueran los primeros en caer, á manos de sus propios amigos? ¿Es por necesidad que se emplean balas dum-dum y se hace fuego sobre la Cruz Roja empeñada en su humanitaria labor? ¿Es por necesidad que se disimula el saqueo bajo la forma de *contribución de guerra*, llegando hasta imponer cuarenta millones de francos por tal concepto á una ciudad que, como Bruselas, fué entregada sin resistencia? ¿Es por necesidad que

se han asesinado á Mr. Remy Himmer, cónsul argentino en Dinant, y al hijo del burgomaestre Tielemans, en Aershot, que defendía el honor de su hermana contra un insolente oficial germano?

Ya nadie ignora en el mundo que Bélgica,—esa nación pacífica, laboriosa, culta y buena, que no tenía cuestiones con nadie, que á nadie buscaba querellas, que anhelaba vivir su vida nacional bajo el sol sin inmiscuirse en las rivalidades de los vecinos,—es sólo un montón de ruinas humeantes. La formidable é inaudita amenaza de Guillermo II al rey Alberto, cuando éste se negó honradamente á conceder el paso de los ejércitos germanos por su territorio á fin de atacar á Francia: *arrasaré vuestro país*, se ha cumplido al pié de la letra. Los godos de Alarico, los hunos de Atila, los vándalos de Genserico, todas aquellas hordas bárbaras que en repetidas invasiones asolaron y concluyeron con el imperio y la civilización romana, culminando en el pillaje y el exterminio, han vuelto esta vez sobre la infortunada Bélgica. No existe más diferencia que la de las armas: aquellos llevaban mazas y escudos, éstos traen ametralladoras y dirigibles. Y la amenaza del nuevo «Azote de Dios» se ha cumplido al pié de la letra. Bélgica, por haberse mostrado noble, por no haber admitido un pacto de traición, por no haberse vendido al precio de una deshonra, por haber reclamado el título de país neutral suscripto por la propia Alemania, ya no existe. En sus capitales incendiadas, ni los soberanos monumentos del arte han sido respetados; en sus campiñas, regadas con el sudor del trabajo, no queda ni una hierba en pié; hombres, mujeres y niños han sido ultrajados, perseguidos, robados, conducidos al extranjero en un turbión de locura y de espanto. El corazón se angustia hoy al leer en las hojas periódicas columnas y columnas de pequeñitos avisos, de dos y tres líneas,

en los que desoladas mujeres y míseros ancianos preguntan por el paradero de sus maridos, de sus hijos, de sus hermanos, de sus viejas compañeras, de sus niñitos perdidos y desamparados. Y entonces en nuestro corazón también ruge la ira cuando vemos que alguien, como los intelectuales alemanes, tienen la inconcebible osadía de negar lo evidente, lo que rompe los ojos, afirmando bajo «la fé de su palabra y de su honor» que «no es verdad que la vida y la hacienda de un solo ciudadano belga hayan sido puestas en peligro».

¡Ah! Bien sabemos lo que nos argüirán estos señores en descargo de tan tremendas culpas: los belgas no combatientes y algunas mujeres del pueblo han disparado sus armas contra los soldados invasores. Pero ¿desde cuándo es un crimen defender la patria? ¿desde cuándo merecen la muerte, el ultraje y el saqueo los que luchan por defender lo que es suyo, lo que los extraños vienen á robarle? ¿desde cuándo son pasibles de tan tremendos castigos las poblaciones inocentes que nada tienen que ver con el atentado, la venganza ó la defensa de un individuo aislado? Demos de barato que aquí ó allá, una mujer exasperada porque se atenta á su honor ó le han muerto á su hijo, y que un grupo de hombres enardecidos por la destrucción de sus hogares, hayan hecho fuego contra los invasores. ¿Es razón esa para cebarse sobre toda la población y entrar á saco en una ciudad?

No, mil veces no. Nosotros sabemos que defender la patria, es decir, el pedazo de tierra donde están la tumba de nuestros antecesores, la cuna de nuestros hijos, el techo de nuestros hogares; donde vivimos con otros hombres que son nuestros hermanos, que hablan nuestro idioma, que comparten nuestras costumbres y nuestras ideas, que nos han ayudado á formar nuestras tradiciones, nuestras glorias,

nuestras conquistas y progresos, con los cuales dividimos en común las luchas y afanes, los dolores y alegrías, las esperanzas y recuerdos,—¡ah, sí! bien lo sabemos, eso no es un crimen, es una virtud digna de elogio y de respeto. Nosotros sabemos que la historia nos ha legado, no para vituperio, sino para admirarlas eternamente, el recuerdo de aquellas madres griegas que ponían en las manos de sus hijos un arma para defender la patria y no querían más verlos sino muertos ó vencedores. Nosotros sabemos que la historia nos ha legado también, como el más sublime ejemplo de heroísmo, la memoria de aquellas mujeres de Zaragoza que dieron su sangre y su vida, al par de los hombres, para defender la libertad del terruño. Y nosotros sabemos, en fin, que lo que ahora y siempre, por los siglos de los siglos, provocará la admiración de los pueblos y las razas, lo que ante la historia constituirá el más sagrado título de Bélgica, será la heroica y desesperada resistencia de sus gentes, hombres y mujeres, contra la marcha oprobiosa de los invasores, esa rebeldía indómita por todos los medios, reconocidos ó no por las leyes de la guerra, á admitir que la planta de un insolente conquistador venga á profanar el suelo donde reposan las cenizas de los abuelos.

IV

Y, sin embargo, los intelectuales alemanes, haciéndose eco de versiones, acaso exactas, y de leyendas, indiscutiblemente falsas y estúpidas, hechas circular por las autoridades de su país, y por testigos más que sospechosos, no han vacilado en consignar en su manifiesto, bajo su palabra y su honor, ese cargo contra el denodado pueblo belga; y así, no sólo protestan contra la acción, muy legítima, de los francotiradores, sino que inculpan crímenes horrendos á la población pacífica de Bélgica.

Es fatal. Después de cometida una mala acción los hombres experimentan la imperiosa necesidad de sincerarse; pero como no es posible borrar el rastro de aquella, de inmediato se ocurre á la mentira. Hablando muy alto, con grandes gestos de inocencia ultrajada, se miente y se calumnia á la misma víctima para ocultar la propia mala acción. Ocurrid á los estrados criminales y todos los días veréis la verdad de esta constatación.

Pues bien, ese mismo sistema de defensa están empleando ahora los alemanes para tratar de justificar los horrendos atentados que han cometido en Bélgica. Ha sido tan inmenso el clamor que se ha alzado en el mundo contra los actos de vandalismo cometidos por ellos en Bélgica que aún cuando sustentan la máxima inaudita de que *en tiempo de guerra todo es permitido* se han espantado ellos mismos de sus hazañas y se han dedicado ahora á sincerarse con un frenesí que no deja de ser elocuente. Los primeros que han sentido esa necesidad de defensa fueron, naturalmente, los hombres de pensamiento de Alemania. Luego, entraron al terreno de las justificaciones los mismos generales del Imperio. ¿No es Von der Goltz, en efecto, quien ha dicho al corresponsal de un importante diario madrileño que en Lovaina «un barbero que se sintió patriota» degolló al oficial alemán á quien estaba afeitando? ¿No ha asegurado el mismo personaje á su interlocutor que en seguida todos los barberos se pusieron de acuerdo, degollando 18 oficiales y 106 individuos de tropa? ¿Y no ha agregado aún que «una muchacha de diez y siete años á quien un oficial germano requiebaba galantemente, le contestó sacando un cuchillo que llevaba oculto y clavándoselo en el pecho?» Después de este crédulo general — según el cual los alemanes se dejan degollar fácilmente por doncellas y barberos,—y después de aquel núcleo de intelectuales,—á quienes nos duele ver, por

el altísimo aprecio en que los tenemos, falsear de este modo la verdad, negando y alterando hechos que ya están evidenciados ante la conciencia de todo el mundo civilizado,— los periódicos de Alemania se han empeñado en la improbable tarea de demostrar que si *algunos* desmanes se han cometido han sido motivados por la actitud de los adversarios: si se ha arrasado á Lovaina fué porque ancianos y mujeres hicieron fuego sobre las tropas alemanas que habían violado su territorio; si destruyeron la catedral de Reims es porque en una de sus torres se habían emplazado unas ametralladoras (!). Lo curioso del caso es que después de negar los actos de vandalismo, esa misma prensa alemana viene á reconocerlos al pretender excusarlos con semejantes disculpas. Pero más curioso es todavía que después de desmentir los hechos ó de pretender justificarlos, se celebre el aniquilamiento de Bélgica. Los diarios de Berlín, en efecto, expresan su satisfacción por ello, y, comparando la situación de Luxemburgo con Bélgica, agregan: «El gran ducado goza ahora de las bendiciones de la paz; no hay ahora en su territorio fuerzas alemanas, ni en las ciudades ni en los campamentos, y la vida en el gran ducado es perfectamente normal; Bélgica estaría ahora en paz si no hubiera resistido al avance de los alemanes por su territorio». Moraleja del cuento: las naciones para ser felices y ser respetadas por los alemanes, deben olvidar su honor y su patriotismo. Ocurre aquí preguntar, si una nación hubiera solicitado de Alemania el permiso de pasar sus tropas para asaltar á otra su vecina, á Austria, por ejemplo, ¿se lo hubiera ella concedido? No lo creemos, y no lo creemos porque cualquier país, por débil que sea, prefiere morir á quedar deshonrado.

Pero la campaña iniciada por Alemania para defenderse de los tremendos cargos que se le dirigen tiene un cariz

que de ningún modo podemos admitir. Que niegue en absoluto los crímenes, incendios y violaciones cometidos por la soldadesca, lo comprendemos perfectamente,—aún cuando no lo justificamos. Que procure buscar excusas tan absurdas como esa de las ametralladoras colocadas en las torres de la Catedral de Reims, también lo comprendemos. Pero lo que no admitimos de manera alguna es que se trate de trocar los papeles, de convertir á las víctimas en victimarios y de arrojar sobre una pobre nación sacrificada además de la ruina, la deshonra.

Y, sin embargo, esta temeridad ha sido ensayada aún en las alturas oficiales. El Canciller del Imperio Alemán redactó una memoria, reproducida por toda la prensa de los países neutrales, para quien fué escrita, en la cual se imputa á los belgas horribles crímenes y violaciones. Según el Canciller del Imperio, es decir, según el gobierno alemán, señoritas belgas han reventado los ojos de los heridos alemanes en el campo de batalla; mujeres belgas han degollado á soldados del Kaiser que tenían alojamiento en sus casas; ancianos y niños han fusilado á las tropas por la espalda y cometido actos inhumanos y crueles. Por si todo esto no fuera bastante, en una hoja suelta alemana, agregada como un anexo á su famoso *Libro Blanco* se lee esta formidable acusación contra el pueblo belga: «El investigador Hermann Consten que fué á Lieja en servicio de la Cruz Roja, cuenta: «Busqué en el hospital de Lieja amigos de Aix-la-Chapelle que había perdido y me dirigí á un médico belga. Este me contestó que no podía darme noticias sobre los muertos. Como se habían enterrado muchos soldados alemanes que estaban completamente desnudos y de cuyas placas de identidad habían sido despojados en el hospital, supe por heridos alemanes que los belgas no solo mataban á los heridos de la manera descrita sino que también tor-

turaban á heridos y prisioneros del modo más cruel. Así por ejemplo, serruchaban las piernas á heridos y prisioneros. Se les reventaban los ojos y se les cortaban las orejas. Las mujeres mismas participaban en estas crueldades. Hablé en el hospital alemán con cuatro heridos que me contaron cómo habían sido heridos y tomados prisioneros y que vieron desde el segundo piso de una casa donde habían sido internados, desarmados é imposibilitados de prestar ayuda, cómo había sido asaltado un oficial alemán reventándole los ojos y cortándole las orejas».

¿Quién es este señor Consten Hermann que tan tremendos cargos así formula con tan fulminante seguridad? ¿Quién es este apocalíptico testigo que viene á dar base á la contra-acusación alemana? ¿Quién es este hombre que al servir la causa del Kaiser hunde en un fangal de deshonor al heroico pueblo belga?

Uno de los redactores de *Le Matin* de París se dirigió á Suiza,—de donde se dice que es oriundo el testigo en cuestión,—y se entrevistó con el Jefe de Policía. Este alto funcionario le dió los siguientes informes: «M. Hermann Consten, es un alemán que se estableció en Basilea hace algunos años y fundó una agencia de informaciones. Esta agencia ha sido señalada hace dos años al gobierno suizo como una oficina de espionaje alemán. Es desde entonces que Hermann Consten es mi... cliente.

«Casi al mismo tiempo solicitaba carta de ciudadanía suiza, solicitud que fué rechazada en Noviembre último.

«A causa de varias quejas de estafa contra Hermann Consten, las autoridades de Basilea levantaron un sumario judicial, cuyo resultado fué la expulsión de Consten el 10 de Setiembre.

«Ahora contestando á sus preguntas digo:

1.o M. Hermann Consten no es suizo puesto que no se

le acordó la carta de ciudadanía y nunca formó parte de la Cruz Roja suiza.

2.o M. Hermann Consten está bajo la vigilancia de la policía suiza. Afirmino que desde la declaración de guerra este señor no ha salido de Suiza más que del 9 al 14 de Agosto. Es por lo tanto imposible que se haya podido encontrar en Lieja en la época del sitio que Vd. indica.

3.o Hermann Consten se ha ausentado definitivamente de Suiza el 10 de Setiembre á raíz de la orden de expulsión.

4.o El crédito moral y material de Hermann Consten es nulo».

¡He ahí el testigo, la persona honestísima é insospechable, gracias á cuyo testimonio se trata de deshonar á todo un pueblo heroico y denodado! Esto sólo le bastaba á Bélgica—la mentira, después del atentado de que ha sido víctima,—para vivir eternamente en el corazón de la humanidad.

V

»De destruirse en esta terrible guerra — arguye luego el manifiesto — obras artísticas, todo alemán lo deploraría. Pero así como nadie nos supera en nuestro amor al arte, así también renunciamos á que la conservación de una obra de arte se haya de pagar con una derrota alemana.»

Aquí debemos confesar que nos cuesta creer que sean sabios y artistas, hombres de robusta mentalidad, los que hayan escrito este párrafo. ¿Qué razón estratégica puede haber aconsejado el bombardeo é incendio de la célebre biblioteca de Lovaina? ¿Qué derrota alemana podía provocar la existencia de ese tesoro de sabiduría amontonado durante cientos de años de paciente labor? ¿Qué peligro entrañaban para el ejército del Kaiser los Ayuntamientos y Catedrales que la metralla ha reducido á escombros en Lo-

vaina, Malinas, Aershot y Termonde? ¿Qué obstáculo ofrecía esa maravillosa Catedral de Reims, colocada á gran distancia detrás de la línea francesa de combate?

No, no hay excusa posible. La causa del ejército alemán jamás ha estado en peligro, ni por un instante siquiera, debido á la existencia de esas joyas artísticas. Y aún cuando esto hubiera sido así, habría que averiguar todavía si el éxito de una batalla (que no es sino uno de tantos episodios de una larga guerra) es superior á la existencia de una inmarcesible obra de arte. Concebimos que un soldado ignorante como von Disfurth ó presuntuoso como von Bernhardi, prefieran una victoria alemana á la Catedral de Reims ó á la Venus de Milo; pero no podemos concebir ni admitir que apóstoles de la ciencia y cultores del arte tengan igual preferencia. Las obras gloriosas y eternas creadas por el soberano poderío de la inteligencia humana, frutos de un momento de la civilización, son patrimonio de la humanidad entera y están por encima de todos los demás intereses egoístas de los pueblos. Ellas solas justifican la existencia del hombre sobre la tierra. Por ellas solas vive el espíritu de las generaciones. En ellas únicamente se eterniza la memoria de las naciones que fueron. ¿Qué es Grecia—la Grecia de los tiempos antiguos—para nosotros? Es un pueblo que tuvo un poeta inmenso, Homero, un escultor sublime, el que buriló la Venus que está en el Louvre, un arquitecto glorioso, el que levantó las columnas del Partenón. Los hombres que en aquellos remotos siglos vivieron, ¿qué nos importan? Hormigas extraviadas en la ruta incommensurable de la vida, en un minuto que no cuenta en la sucesión eterna del tiempo, sufrieron, lucharon tuvieron goces y alegrías padecieron anhelos y desalientos; pero ¿qué sabemos de sus penas y dichas, ni qué nos importan sus amores, sus odios, sus luchas y sus fiebres? Otros

hombres viven nuestros tiempos á nuestro lado, y es por sus necesidades, por sus esperanzas por su bienestar y su alegría que nos inquietamos. Mas éstos también desaparecerán al cabo, y transcurrirán los años y los siglos, y otras generaciones, otros pueblos, otras nacionalidades nos substituirán sobre el planeta, y á éstos, ¿que les importarán los hombres que son nuestros contemporáneos? Vivirán, á su turno, como hemos vivido nosotros, como vivió la humanidad de las edades pretéritas. Hombres y naciones no son nada, —nada más que pasajeros y colectividades que aparecen un momento sobre la tierra y luego se hunden en la nada. Pero, en medio de ese turbión gigantesco de la vida en función, que surge, se desarrolla y corre frenéticamente de un abismo á otro abismo, se yerguen á veces los soberbios creadores, los que infunden un alma á la piedra, los que hacen hablar al color, los que iluminan con la palabra la conciencia de las multitudes. Entonces, como jalón de un siglo, como exponente de la cultura de una raza, como memoria de la espiritualidad divina de esos míseros seres que desaparecen en la tiniebla eterna, queda sobre el haz de la tierra un templo, un cuadro, una epopeya. Estas obras, triunfadoras del tiempo y del olvido, hablan luego su lenguaje secular é indestructible de belleza á las nuevas generaciones que se van sucediendo y logran que la humanidad viva piense en la humanidad desaparecida, la admire y la respete. Es el legado que confiamos á la eternidad para constatar que hemos vivido espiritualmente, — que hemos sido algo, que algo representamos en el proceso de la civilización. ¿Y son tales obras, tales testimonios los que pueden destruirse para imponer la ambición de un puñado de hombres? ¿son tales reliquias las que pueden aniquilarse para aumentar el poderío de una nación sobre otras naciones? ¡No! Hombres, hay millares y millones sobre la tierra; pero

un Robert de Coucy sólo surge, después del transcurso de siglos, entre millares y millones de otros hombres. Naciones poderosas y cultas como Alemania hay muchas en todos los tiempos de la historia; pero la vida de todas no vale una Catedral de Reims. ¿Cómo preferir entonces la victoria de un puñado de soldados á una obra de arte? ¿Y cómo pueden decir eso precisamente los sacerdotes del arte, los intelectuales alemanes, hombres que se llaman Max Lieberman, Gerhardt Hauptmann, Hans Thoma, Max Klinger?

Sin embargo, lo dicen. Lo dicen con rodeos, con excusas, dando explicaciones y justificativos. Esto, en verdad, los empequeñece aún más. A ese lenguaje un si es no es hipócrita, preferimos la ruda franqueza del general von Disfurth. Este es un bárbaro, pero es un bárbaro sincero. Tiene á orgullo ser bárbaro, no se sonroja de serlo. Ved como se expresa en el «Tag» de Berlín:

«Está por bajo de nuestra dignidad el defender á nuestras tropas contra las acusaciones del interior y del exterior. Nuestras tropas y nosotros mismos no tenemos que dar explicaciones á nadie, no tenemos nada que justificar, nada que excusar.

» *Todo cuanto hagan nuestros soldados para hacer daño al enemigo*, para engarzar la victoria en sus banderas, todo eso está bien hecho y justificado previamente; al menos, así debemos considerarlo.

» No tenemos para qué ocuparnos de la opinión de los demás países, *incluso los neutros*.

» Y si todos los monumentos, todas las obras maestras de la arquitectura que están situadas entre nuestros cañones y los del enemigo *se fuesen al diablo*, nos sería perfectamente igual...

«No hay que perder una palabra en discutirlo. Marte manda ahora, y no Apolo...

«Se nos trata de bárbaros; ¡qué importa! Nos reimos de eso. Cuando más, podremos preguntarnos si no hay lugar á merecer semejante título...

» Que nos dejen en paz de una vez con esa charla ociosa y no se nos hable más de la Catedral de Reims, ni de todas las iglesias, ni de todos los palacios *que compartieron su suerte*. No queremos volver á oír hablar de ellos.

» Que nos venga de Reims la noticia de una segunda y victoriosa entrada de nuestras tropas.

» Todo lo demás nos es igual».

«La franqueza de von Disfurth—hace notar muy cuerdamente el escritor español Blasco—contrasta espléndidamente con las farsaicas justificaciones que sus compatriotas los «intelectuales» han pretendido hacer buenas en los países neutros».

Esos mismos intelectuales procuran también arrojar sombras sobre los ejércitos rusos. Es una calumnia. Los rusos han demostrado poseer más nobles sentimientos que los alemanes. Sus ejércitos han invadido y se han adueñado de toda la Galitzia sin cometer atropellos ni devastar nada. Lemberg, la capital, está en pié, como Tarnopol, como Tarnovo, como Rawa Ruska, como Zolkievo, como Brody, como todos los demás pueblos y aldeas de esa región. Hé aquí un detalle bien elocuente, por cierto. La ciudad de Bolszowce cerca de Haliez, fué teatro de sangrientos combates durante varios días seguidos. Antes de retirarse los austriacos, se fortificaron allí é hicieron una defensa desesperada. Por esta razón la ciudad fué bombardeada y los barrios centrales completamente destruidos. Pero tres edificios quedaron en pié en medio de las ruinas: dos templos y la casa municipal, cuyo campanario parece el de una iglesia. El hecho de que los rusos hayan dejado intacta la casa municipal por su semejanza con una iglesia, puede servir de tema

á las meditaciones de los intelectuales que llaman bárbaros á los demás después que sus propios soldados han bombardeado é incendiado la Universidad de Lovaina y la Catedral de Reims. Y he aquí otro detalle que puede dar margen á más profundas meditaciones aún á los hombres que han impuesto á la infortunada Bélgica millones y millones de francos como *compensación* de guerra, llegando al extremo, cuando no los han pagado, de coger en rehenes á un dignísimo hombre como el burgomaestre Mr. de Max para internarlo prisionero en la Silesia: «El general Arntinoff —dice *La Stampa* de Turín— al entrar el día 2 de Setiembre con sus tropas en Czernowitz, notificó á la población de que él seguiría el ejemplo de los austriacos cuando capturaron las poblaciones de Kamenez y Podolski imponiéndoles un impuesto de guerra de 600.000 rublos y en el caso de que no los satisficieran, incorporaría algunos habitantes al cuerpo de artillería, para arrastrar gruesos cañones. La población ante tal anuncio quedó aterrorizada. El burgomaestre y los sacerdotes imploraron clemencia del general ruso, quien en términos violentos contestó: «Aplico á ustedes el sistema empleado por los austriacos en Kamenez. Mi propia hija fué víctima de este sistema. Todas las riquezas de la ciudad fueron arrebatadas». Finalmente compadecido el general ruso, consintió en reducir á 300.000 coronas el tributo de guerra. El burgomaestre, sin pérdida de tiempo, publicó una proclama al pueblo exhortándole á depositar la contribución sin demora alguna. Durante la noche las autoridades civiles y eclesiásticas efectuaron una colecta que continuó por la mañana siguiente. Los habitantes de todas las clases sociales desfilaron por el edificio municipal depositando lo que podían. Los pobres entregaron sus escasos ahorros y modestas joyas. Los hebreos sacrificaron hasta los candelabros del ritual. Las mujeres jóvenes

de la clase media entregaron todas sus alhajas. El arzobispo dió ornamentos de plata del santuario que valían 50.000 coronas. Al llegar la tarde aun no se había logrado reunir la suma exigida y las autoridades de la ciudad celebraron junta. Resolvieron entonces recorrer las calles é ir de casa en casa hasta obtener lo que faltaba. Así se hizo y al caer la noche, cuando ya se tenía reunida la suma, asegura *La Stampa* que el burgomaestre exclamó: —¡Gracias á Dios! Al fin hemos logrado conseguir 300.000 coronas.— Los funcionarios encargados de la colecta, encabezados por el burgomaestre, se dirigieron al edificio ocupado por el general Arntinoff y su estado mayor para entregarle la contribución. Sin pronunciar palabra, el jefe cosaco les miró de arriba abajo sonriendo de una manera extraña y después de largo silencio exclamó: No tengo intención de tomar ese dinero; llévenselo y distribúyanlo en el pueblo. Yo sólo quería que ustedes experimentaran las mismas angustias sufridas por los habitantes de Kamenez y Padolski.»

Como se vé; hay alguna diferencia entre los *bárbaros* cosacos y los *civilizados* alemanes.

VI

Y ahora, vamos á terminar. Afirman los autores del manifiesto que «sin el militarismo germano habría desaparecido hace tiempo la civilización alemana».

Si esto lo dijera el primer quídam venido nos contentaríamos con sonreír; pero dicho por los más altos pensadores y sabios de la nueva Alemania nos inspira profunda piedad. Esto es no conocer el desarrollo mental de su propia patria; esto es no tener ni siquiera rudimentos de historia literaria. Pero, como no podemos suponer una y otra cosa en los intelectuales firmantes del manifiesto, por fuerza hemos de inclinarnos á creer que han hecho semejante

afirmación no por ignorancia, sino, lo que es muchísimo peor, por halagar al Kaiser y doblegar la cerviz ante esa disciplina cuartelera que en Alemania sojuzga y doblega las más orgullosas cervices.

Pues bien, hablemos con franqueza; digamos toda la verdad. La cultura y la intelectualidad de la moderna Alemania no vale, ni se aproxima siquiera á la de la vieja Alemania. Y si hay un hecho sintomático, indiscutible, que todos pueden constatar, es este: desde 1871 acá—es decir, desde el triunfo de Prusia y de la preponderancia siempre creciente de su militarismo—Alemania ha interrumpido en seco su tradición intelectual y ha retrocedido enormemente en su cultura. ¿Dónde está el filósofo que pueda equipararse, no ya á Lessing, Kant, Fichte, Hegel, Schelling, Schopenhauer y Krause, sino á los mismos Hartmann, Fries, Herbart, Beneke, Feuerbach, Trendelenburg y Kierkegaard? ¿Dónde están los genios creadores, los poetas excelsos, los críticos sabios, los literatos mundiales que puedan ponerse al lado, no ya de Goethe y de Schiller, de Juan Pablo y Klopstock, de Arndt y Schleiermacher, de Schlegel y Novalis, de Körner y de Werner, sino de los Kleist, Rückert, Schenkendorf, Chamisso, Platen, Hoffmann y Tieck? ¿Dónde se encuentra una falange que pueda parangonarse con aquella de la Joven Alemania, en la que había un Heine, un Borne, un Gutzkow, un Laube, un Kühne, un Wienbarg,—ó con aquella otra de la escuela de Suabia, donde sobresalían Uhland, Mayer, Hauff, Pfizer y Schwab? ¿Dónde está el historiador que haya apagado la gloria de los Niebuhr, Curtius, Schlosser y Mommsen? ¿Dónde un naturalista como Humboldt, un químico como Liebig, un astrónomo como Herschel, un matemático como Gauss, un geólogo como Werner, un geógrafo como Ritter?

No pretendemos negar que en cirugía y medicina, en

bacteriología y ciencias naturales, Alemania puede hoy ofrecernos nombres ilustres, y en literatura y sobre todo en bellas artes, algunos muy dignos de respeto. Ahí están los propios firmantes del manifiesto para evidenciar que aquella nación no está desamparada por completo en tal sentido: también si no tuviera esos nombres, Alemania sería el último entre los últimos de los países civilizados. Pero, fuera de esos sabios y artistas (todos los cuales, por lo demás, no son de la misma fuerza é importancia, y nadie osaría confundir un Behring, un Röntgen, un Ehrlich, un Vundt con muchos de los firmantes del manifiesto que son celebridades hasta ahí no más, y algunos de ellos, muy modestísimos profesores, con perdón sea dicho), ¿qué queda en Alemania? ¿qué espíritus nuevos, verdaderamente superiores, justamente indiscutidos, han surgido después de 1870?—Quedan poetas como Dehmelt, Bahr, Grisebach, Wolf y Baumbach; quedan dramaturgos como Blumenthal, Lubliner, Wilbrandt y Flaischlen; quedan novelistas como Dahn, Stinde, Frenzel y Hopfen,—todos muy mediocres y juzgados por la crítica (por la propia crítica alemana) como de segunda categoría. Y después del resurgimiento artístico de 1885, á raíz de la campaña de los hermanos Enrique y Julio Hart, cuando estalló un nuevo «Sturm und Drang», ¿qué figuras verdaderamente dignas de la posteridad, qué nombres dignos de hermanarse con los gloriosos de la tradición, han ocupado la arena del coso? No es necesario ser un erudito para dar la respuesta. Cualquier estudiante de literatura podría citar á los poetas Blüthgen, Falke, Moser, Vierordt y Seidel; á los novelistas Tölgel, Bleibtreu, Kretzer y Berta de Suttner, á los dramaturgos Fuida, Beyerlein, Ernst, Wedekind, Hartleben y Feischlen; á los historiadores Lamprecht y Treitschke, y á los filósofos Eucken y Paulsen. Como se vé, todos intelectuales inferiores no ya á los de la

generación de Goethe, sino á los mismos que en 1870 continuaban escribiendo en la madurez de su vida. De toda esa Alemania regida por el militarismo triunfante apenas si pueden separarse media docena de nombres verdaderamente indiscutibles: Hauptmann, Sudermann, Heyse, Auerbach, de Schack y Freytag. Y bien, decid ahora, ¿alguno de todos aquellos nombres os suena como el de Goethe, como el de Juan Pablo Richter, como el de Enrique Heine siquiera? (1)

¡Ah, no! No es cierto que la cultura germánica haya florecido al amparo del militarismo alemán. Los que saben un poco de historia y se han preocupado algo del movimiento intelectual de los países europeos; los que han hecho lecturas sobre la civilización y literatura alemana, saben que desde el predominio de Prusia—primero en Sadowa, luego en Sedán—sobre los estados y ducados alemanes y sobre el imperio de Napoleón III, el desarrollo mental no sólo no ha progresado, sino que ha retrocedido. Saben más todavía: que el pleno florecimiento de la cultura alemana

(1) Después de publicado este capítulo en el diario *El Tiempo*, he recibido una carta en la cual se afirma que «voluntariamente no he citado á los músicos alemanes, que hoy son tan grandes como los de antes»

Contesto: 1.º, que «voluntariamente» jamás hago cosas que no deben hacerse: si no he mencionado á los músicos ha sido por olvido, sencillamente; y 2.º, que está en un error el anónimo autor de la carta al afirmar que los músicos alemanes del día son tan grandes como los de antaño.

Si con espíritu crítico é imparcial se comparan los actuales maestros y compositores, fácilmente se advertirá que entre todos ellos no hay uno solo que alcance á lo que fueron los clásicos Bach, Hoendel, Mozart y Beethoven, y que, aparte Strauss, el autor de *Salomé*, los demás no pueden competir siquiera con los grandes románticos Weber, Mendelssohn, Chopin y Schumann. El mismo Wagner, que murió en 1883, compuso todas sus óperas antes de 1870: *Rienzi* es de 1840, *Tannhauser* de 1845, *Lohengrin* de 1846 ó 1848, la famosa tetralogía fué iniciada en 1853 y en 1870 ya culminaba Wagner su obra teniendo escrito el 1.º acto del *Crepúsculo de los Dioses*. Sólo *Parsifal* es posterior, pues data de 1878 y 1879.—La música alemana actual se agota en operetas ligeras á base de vals vieneses. Alemanes y austriacos rivalizan en componer partituras como las de *La viuda alegre*, *La princesa del Dollar* ó *El encanto de un vals*; pero no nos ofrecen ni una IX.ª Sinfonía, ni un *Paraiso* y la *Peri* siquiera.

se verificó, precisamente, cuando la derrota de Alemania. Desde 1804 Napoleón inviste la púrpura imperial y al año siguiente no más empieza su guerra contra el Austria; luego continuará llevando sus ejércitos triunfadores al través de toda la Europa. Y en esa década que va desde el 2 de diciembre de 1805, el día de Austerlitz, hasta el 18 de junio de 1815, el día de Waterloo, Alemania, como los demás estados, será vencida y humillada. Pues bien, ¿qué datos nos suministra la historia literaria de Alemania? Hé aquí algunos, bien elocuentes por cierto: Schiller, en 1805, está en el pleno auge de su genio y produce el *Walenstein*, su obra capital y acaso la más grandiosa de todo el teatro alemán; Juan Pablo Richter culmina de 1802 á 1810 con el *Titán*, *Levana* y la *Introducción á la estética*; Goethe nos da el *Fausto* (1807), *Las Afinidades electivas* (1808-1809) y *Wilhelm Meister* (1807-1821); Guillermo Schlegel, su *Curso de literatura dramática* (1809); Korner, sus poesías guerreras (1810); Chamisso, su *Pedro Schlemihl* (1813); y, según nos lo dice el célebre crítico Georges Brandés, el mismo día en que tronaba el cañón en Jena, concluía Hegel su *Fenomenología del Espíritu*. Ahora, conteste cualquiera, ¿ha producido después del 70 la cultura germana dos obras, dos obras nada más, que puedan compararse, ni aproximarse, al *Fausto* de Goethe y á la *Fenomenología* de Hegel? (1)

Pero, ¿cómo puede sostener un ser pensante y libre, un verdadero intelectual, que sin el militarismo germano habría desaparecido la civilización alemana, si el militarismo prusiano es la antítesis de la civilización? He aquí, justamente, donde vemos nosotros el más tremendo error del manifiesto de los intelectuales, y acaso, el más grande pe-

(1)—Para comprobar con el ejemplo de un músico lo que aquí aseveramos, basta recordar que Beethoven escribió sus geniales *Sinfonías* de 1800 á 1812; sólo la IX fué escrita después, en 1823. La hermosísima *Pastoral* fué ejecutada por primera vez el 22 de diciembre de 1808, el año de la derrota de Alemania precisamente.

ligro. Porque, pensando así los intelectuales de un país, imagínese lo que sucedería si después de una guerra triunfare ese país. El militarismo alemán se adueñaría del mundo, y entonces sería el retorno á la Edad Media, la regresión de toda la civilización á aquella otra civilización que tuvo por ejes fundamentales el feudalismo y las órdenes religiosas. Hablaba, pues, como un profeta y como un sabio Paul de Saint Victor cuando en *Barbares et Bandits* decía ya en 1871: «El ideal de Prusia es el Estado; no tiene otro. Por tal palabra no debéis entender la Patria, en el sentido heroico y sentimental que dan á esta palabra sagrada las demás naciones. El Estado prusiano no tiene alma ni corazón; no cree deber asegurar á sus súbditos la felicidad. La fatiga constante, el servicio pasivo, el esfuerzo asídúo que de ellos exige sin descanso no tiene otra compensación que su acrecimiento. Es un ídolo de hierro, montado como una máquina, para triturar y devorar. Cada individuo se adapta como un rodaje y no tiene más función que obedecer al motor. De la civilización no ha tomado más que los resortes y las armas, la burocracia y la policía, la administración y las ciencias exactas. Detrás de esta fachada, erizada como un arsenal, la Edad Media ha quedado en pié. Esa Prusia, que se ofrece como modelo á las naciones modernas, es el conservatorio de todas las ideas retrógadas de Europa, el museo de antigüedades de la política. Dentro de su armadura, el feudalismo se pone tieso, el espíritu de casta hace estragos, la jurisprudencia chochea aún la jerga carlovingia de los viejos *Miroirs de Saxe et de Souabe*. Bajo su corona que refulge nueva, el espectro del pasado ríe y amenaza. La civilización prusiana es un sepulcro blanqueado».

Con su estilo iluminado y gráfico, Saint Víctor ha hecho el fiel retrato de esa Nación que domina un hombre como amo absoluto, amparado en su título de *origen divino*.

¡El Kaiser Guillermo II de origen divino! ¿No están ahí en las páginas frías é inmovibles de la historia, grabadas con caracteres humillantes é indelebles, las burlas, las ironías y hasta los desprecios con que los entonces poderosos reyes de otras nacionalidades trataron á aquel primer rey de Prusia que mendigó la corona, siendo un simple elector de Brandeburgo, á fuerza de aduloneras y genuflexiones en la Corte de Viena? ¿Acaso es tan remota la edad del reino de Prusia que hayamos olvidado donde asienta sus raíces el árbol de sus reyes? Pero no discutamos este punto, ya que sería pueril discutir en nuestros tiempos el *origen divino* del Kaiser actual. El hecho concreto es este: Alemania, que soporta el yugo del militarismo impuesto por su Emperador, no puede, no debe dominar á las demás naciones,—á las que, como Francia, ha proclamado los derechos del hombre, y como Inglaterra, ha sido cuna de todas las libertades. Su triunfo sería la ruina de la civilización, justamente por no ser ella la nación más civilizada, sino por lo contrario, la más apegada á las tradiciones del medioevo.

Por otro lado, es disparate inconcebible ese de suponer que una nación sola es la que prestigia y encauza el progreso mundial. La civilización es la resultante del concurso de todos los pueblos de la tierra, cada uno de los que aporta su caudal de experiencias, de estudios, de adivinaciones. No es un país, sino la humanidad entera quien labora constantemente en vista del desarrollo de su progreso indefinido. Creer que Alemania, ó Inglaterra, ó Francia, aisladamente y por sí solas, pudieran hacerse cargo de la civilización del mundo, es una concepción que habla muy poco en favor de la mentalidad de quien la expresa. Pero, lo que nos parece indiscutible, es que Alemania militarizada es la menos apta para coger las riendas espirituales de la humanidad.

Hemos concluído nuestra réplica. Los hechos de armas, los combates crueles, las batallas enormes en que, durante meses enteros, de día y de noche, se hieren y matan millones y millones de hombres, continuarán desarrollándose hasta el agotamiento de una de las partes beligerantes; pero sea cual sea el resultado de esta espantable contienda, la conciencia de la humanidad está ya fijada sobre la moral de las naciones en lucha. La historia dirá de qué parte está la civilización y de cuál la barbarie; y ese fallo ya empezamos á escribirlo los hombres de la actual generación,—testigos presenciales de tantos horrores, de tantas violaciones, de tantas carnicerías.

Acaso, al final, prime la fuerza bruta sobre la justicia. Nosotros no lo creemos, porque de acontecer esto la humanidad quedaría deshonrada y sería el caso de dudar de todas las ideas absolutas que rigen nuestro espíritu. Pero todo en este bajo mundo puede suceder. Podrán, pues, sucumbir la poderosísima Inglaterra, la luminosa Francia, Bélgica la mártir, Rusia la calumniada; podrá el Kaiser, en una ebriedad de poderío, repartirse girones de nacionalidades é imponer su ley marcial al mundo entero; podrán los intelectuales alemanes entonar entonces, con más entusiasmo que nunca, las loas de la fuerza, única ley de la humanidad; —pero siempre será cierto, como lo ha advertido un escritor, que el respeto á los *pedacitos de papel* dará la medida de la civilización entre los hombres. En la época de las cavernas primaba el hacha de piedra; en el siglo XX la sola firma de un hombre debe bastar para comprometer su fuerza, su poderío y su honor. Si esto último no puede ser así, es que hemos vuelto á la edad de las cavernas.
